LITERATURA Y PODER:
LA INVISIBLE PRESENCIA DE TRUJILLO EN *OVER*

POR

MÉDAR SERRATA
University of Texas at Austin

La novela *Over*, del dominicano Ramón Marrero Aristy, ofrece una crítica severa de las condiciones de explotación a que eran sometidos los trabajadores de los centrales azucareros de la República Dominicana en momentos en que los intelectuales al servicio del dictador Rafael Leónidas Trujillo proclamaban el nacimiento de una “Era” de desarrollo económico y de justicia social. El carácter subversivo de la novela, sin embargo, ha sido cuestionado debido a que meses después de su publicación Marrero se unió al grupo de intelectuales-funcionarios comprometidos en la tarea de perpetuar el poder hegemónico mediante un proceso de mitificación de la figura y la obra de Trujillo.

El ingreso de Marrero al aparato del Estado –con el que sostuvo siempre una relación precaria y conflictiva– ha sido un problema persistente para la crítica, que ha intentado resolver lo que percibe como una contradicción insostenible: el que un escritor de profunda sensibilidad social acabara por convertirse en propagandista de una dictadura de derecha. Creo, sin embargo, que los sentidos de *Over* se nutren de esa contradicción, y que la novela debe en parte su poder desestabilizador precisamente a la fisura que abre en el discurso trujillista. *Over* invierte el sistema mitológico del trujillismo al estructurar una visión distópica de la realidad que encuentra su expresión en el lenguaje violento, desgarrado, de Marrero.

I.

La novela se publicó por primera vez en el año 1939, en la entonces llamada Ciudad Trujillo. Si el nombre de la ciudad es un indicio de las dimensiones que había alcanzado el proceso mitificador del trujillismo, la publicación de una obra como la de Marrero resulta un hecho insólito. Las versiones sobre su recepción son contradictorias. Según Doris Sommer, *Over* gozó de gran popularidad, aunque no fue reeditada durante el *trujillato* (125).¹ Por su parte, Berta Graciano afirma

¹ La cita textual de Sommer es la siguiente: “By suggesting the function of racism in exploitation, *Over* could logically have been interpreted as exposing the motives and mechanisms of so rapacious and

que sólo circuló entre los intelectuales, ya que “a los pocos días de aparecer en las librerías dominicanas, Trujillo mandó a sacarla de todos los establecimientos de ventas de libros” (59). Esta última versión choca con el hecho de que al menos uno de los intelectuales que la leyeron –considerado uno de los principales ideólogos del trujillismo– expresara una opinión altamente favorable acerca de la novela. En un libro publicado en Bogotá en 1941, Joaquín Balaguer se refirió a *Over* como “la mejor novela que se ha escrito hasta hoy en la República Dominicana, después del ‘Enriquillo’ de Galván” (*Azul* 19), juicio impensable si se tratara de un libro censurado por el Generalísimo. A esto se suma el hecho de que poco después de la aparición de *Over* Marrero se convirtiera en el editor de uno de los diarios más influyentes del país, y que posteriormente pasara a formar parte del equipo de letrados al servicio de la dictadura.

La vertiginosa carrera de Marrero hacia la cúpula del gobierno trujillista (carrera que culminaría con su asesinato en 1959, al parecer por órdenes del propio Trujillo) es una de las razones esgrimidas por Sommer para dudar del carácter subversivo de su obra.² Sommer sugiere que *Over* respondía a los intereses de la política trujillista de nacionalizar la industria azucarera, controlada casi exclusivamente por empresas norteamericanas (125). De acuerdo con el análisis de Sommer, la mayor virtud de la novela, desde el punto de vista de Trujillo, consistiría en condenar la explotación de los trabajadores de la caña sin mencionar al gobernante dominicano. Al convertir a Estados Unidos en el responsable de las injusticias que sufren los personajes, *Over*, sostiene Sommer, redefine al villano y exonera a Trujillo de toda culpa por las injusticias que denuncia.

El argumento de Sommer pone de relieve la importancia que tendría la ausencia de Trujillo en un texto tradicionalmente considerado una obra de denuncia (Graciano 82; Incháustegui 312). En efecto, el narrador de *Over* nunca menciona al hombre que tenía en sus manos las riendas del poder. No creo, sin embargo, que esa ausencia responda a un intento de absolver a Trujillo, pues si bien no aparece literalmente en la novela, la figura del dictador es evocada en el personaje del padre de Daniel Comprés, cuyo abandono genera las desgracias del protagonista. De hecho, quizás el elemento más subversivo de *Over* resida precisamente en esa ausencia, entendida no como absolución sino como denuncia del estado de abandono en que vivía gran parte de la población dominicana. Partiendo de la tesis de Sommer de que en

racist a regime as Trujillo's. That this was a possible interpretation is borne out by the fact that despite its immediate popularity, the novel was never reissued during the *trujillato* after its first appearance in 1940" (125). El error en la fecha de la primera edición (1940 en lugar de 1939) aparece también en Cambeira.

² Para un estudio de la vida y obra de Marrero, ver “La narrativa de Ramón Marrero Aristy”, de Andrés L. Mateo. Aunque adopta una postura más sensible hacia las contradicciones de Marrero, las conclusiones de Mateo con respecto a la crítica social de *Over* se acercan mucho a las de Sommer.

Over, como en muchas de las novelas latinoamericanas del siglo XIX y principios del XX, las luchas políticas del país adoptan la estructura emocional de una crisis en el seno de la familia patriarcal (Sommer 1), sugiero que la obra de Marrero se apropia del mito de Trujillo como “Padre de la Patria Nueva” para construir una alegoría en la que el central azucarero operaría como metáfora de la ruina física y moral de la nación.

II.

La función del mito en el proyecto de control absoluto del poder por parte de Trujillo es el objeto de estudio del libro *Mito y Cultura en la Era de Trujillo* (1993), de Andrés L. Mateo. Como señala Mateo, el trujillismo se constituyó como un sistema de significación mitológica diseñado por intelectuales de la pequeña burguesía e impuesto a toda la sociedad como consenso (*Mito* 13). Entre los mitos fundamentales elaborados por la elite intelectual trujillista se encuentran el del inicio de una nueva “Era” que marcó la entrada del país en la modernidad; la independencia económica y política, fruto del pago de la deuda externa; y la preservación de la soberanía territorial ante el presunto peligro de una invasión haitiana a la que se habría puesto freno en 1937 con la matanza de miles de inmigrantes del vecino país.

Los tres mitos a que hace referencia Mateo aparecen articulados en el libro *La realidad dominicana: semblanza de un país y de un régimen* (1947), en el que Balaguer define la identidad nacional a partir de tres rasgos distintivos: población, territorio y soberanía. Según Balaguer, con Trujillo estos rasgos alcanzaron sus perfiles definitivos (12). El ascenso de Trujillo al poder en 1930 dividió en dos etapas la historia nacional:

La anterior a esa fecha y la que, a partir de 1930, aparece dominada por la imponente figura del más recio de los hombres a quienes la Providencia ha concedido el privilegio de asegurar el futuro de la patria afianzando cada uno de los tres elementos que entran en la formación de toda nacionalidad organizada. (12)

Esta división de la historia nacional tiene su origen en lo que Mateo denomina el mito fundacional del trujillismo: la reconstrucción de la ciudad de Santo Domingo tras las devastaciones ocasionadas por el ciclón San Zenón, apenas meses después del golpe de estado que llevó a Trujillo al poder. En efecto, la reconstrucción de la capital, signo de apertura a la modernidad, “dividió mitológicamente la historia dominicana, dio inicio a la ‘Patria Nueva’, y creó un prototipo nacional urbano alejado del modelo rural” (*Mito* 108). Entre 1930 y 1936, Trujillo ordenó la construcción de puentes, carreteras y edificios, cambiando la fisonomía de la ciudad. En señal de agradecimiento, el Congreso propuso cambiar el nombre de la capital por el de

Ciudad Trujillo.³ El cambio de nombre de la ciudad significó no sólo la instauración de un nuevo orden político, sino “también la exacerbación de un orden simbólico que venía erigiéndose como archivo desde la época de la fundación del Estado dominicano” (Rodríguez 100).

La laboriosa articulación del sistema de significación mitológica del trujillismo ha quedado registrada en la montaña de apologías, proclamas, discursos y documentos oficiales que se produjeron durante los treinta años del gobierno de Trujillo. En su “Oración fúnebre ante la fosa del Gral. Horacio Vásquez”, publicada originalmente en el *Listín Diario* el 27 de marzo de 1937, Arturo Logroño, un destacado intelectual al servicio de la dictadura, presenta a Trujillo como la encarnación del estadista moderno, al contraponerlo a la figura del fallecido ex gobernante:

Con el General Vásquez, desaparece el último caudillo de carácter esencialmente dominicano, típico y pintoresco, de los que señorearon el alma vernácula desde los días de la infancia de nuestra vida independiente hasta el advenimiento al Poder del Estadista-Jefe, nuevo aspecto del Gobierno hecho hombre, que encarna, como genuino representativo, el varón extraordinario que ha estructurado con sus realizaciones prodigiosas esa maravilla de orden, de paz, de trabajo y de progreso que es la Patria Nueva, la Patria de Trujillo, en marcha triunfal y arrolladora hacia el futuro. (Logroño 233)

Vásquez había sido derrocado en la llamada “Revolución de febrero” que llevó al poder a Trujillo, entonces Jefe del Ejército. Al calificarlo de “último caudillo”, Logroño lo convierte en el depositario de todos los males de un período de la historia nacional superado con la creación de la “Patria Nueva”. Bajo la aparente idealización que pudieran sugerir los adjetivos “típico y pintoresco” hay implícita una censura a los valores que Vásquez simboliza, y que en la retórica de Logroño tienen la función de afirmar los atributos de Trujillo. Si Trujillo representa el orden, Vásquez representa el caos; si Trujillo la paz, Vásquez el desasosiego de las revoluciones caudillistas; si Trujillo la marcha “arrolladora” del país hacia la modernidad, Vásquez el ritmo aletargado de un período de la historia que se remontaba a los orígenes de la nación y que moría indefectiblemente con él.

³ Veloz Maggiolo recoge el hecho en su libro *Trujillo, Villa Francisca y otros fantasmas*: “Cuando por vez primera en 1935 los áulicos de la época propusieron su nombre para la capital dominicana, Trujillo envió una carta al entonces Presidente de las Cámaras, Mario Fermín Cabral, negándose a aceptar tal cambio de nombre, y arguyendo en un mensaje al Congreso que Santo Domingo era un nombre de muchas tradiciones, y que un cambio podría traer hasta confusiones internacionales. A pesar de todo, y con su anuencia, la capital cambiaba de nombre en poco tiempo, y se erigía un obelisco en la avenida George Washington—nombre propuesto por el propio Trujillo—conmemorando el cambio de nombre de la urbe” (209).

El propio Marrero contribuyó a la creación y divulgación del sistema de significación trujillista con una serie de crónicas sobre la “dominicanización de la frontera” publicadas en el diario *La Nación* y recogidas en el libro *En la ruta de los libertadores* (1943).⁴ En estas crónicas, Marrero presenta las obras de construcción que se llevaban a cabo en la región del sur del país como evidencias de la “nueva historia” de modernización iniciada con la “Era”:

La voluntad de Trujillo está reuniendo todas las fuerzas disponibles, unificándolas, utilizándolas como palanca del progreso. Hombres del este, el norte y el sur; máquinas, animales, son factores de la nueva ecuación. Para los que cultivan la tierra será la riqueza. Una nueva vida de lucha ha comenzado; una nueva vida de prosperidad y mejores posibilidades asoma para sus descendientes. (66-67)

En las crónicas de Marrero, el mito de la “Era” se extiende a las zonas rurales y se transforma en promesa de justicia social para toda la población del país. Los elementos del mito se ordenan en torno a la idea de que la riqueza que generaría el gran número de puentes, carreteras y canales de riego –todo ello minuciosamente inventariado y acompañado por fotos en el libro de Marrero– redundaría en beneficio de los humildes, “los que cultivan la tierra”. Es ese mito de modernidad y de justicia social el que desmiente la opresiva realidad que se describe en *Over*.

III.

Escrita en primera persona, la novela *Over* cuenta la historia de Daniel Comprés, un joven poeta provinciano expulsado de la casa paterna por “el hecho alarmante” (17) de disponer de unos cuantos pesos de su padre. En las páginas iniciales del libro, vemos a Comprés recorrer las calles de su pueblo natal en busca de trabajo o de ayuda financiera para comenzar algún negocio. Todo es inútil. En el pueblo no hay trabajo, y los amigos de su padre, que al parecer conocen la causa de la situación en que se encuentra, le niegan la ayuda que les pide. Así, atormentado por el hambre y la vergüenza, Comprés se encuentra una mañana frente a la bodega principal del central azucarero y para su sorpresa consigue un puesto como bodeguero en un batey sin nombre. A partir de ese momento, el protagonista se convierte en prisionero de la gran maquinaria de degradación humana que mueve el batey –el *over*. Comprés describe el *over* en los siguientes términos:

⁴ Marrero escribió además la biografía *Trujillo, síntesis de su vida y de su obra* (1949) y una historia oficial titulada *La República Dominicana; origen y destino del pueblo cristiano más antiguo de América* (1957), en el que canta los logros de la “Era”.

Los pesadores de caña usan pesas cargadas para quitarles al carretero y al picador, desde quinientas a mil libras por carretada, además de doscientas que se descuentan corrientemente para que el peso del chucho salga aproximado con el de la factoría. Esto le proporciona varios cientos de pesos de over al dueño del tiro de caña, que con ese dinero se alivia un poco las multas, errores en su contra, y el precio del agua que beben sus bueyes (propio o alquilados a la compañía), agua que a veces es puramente simbólica, ya que se le cobra al colono y al contratista aunque tengan dentro o cerca de sus colonias —es decir, aún en terreno que no pertenece al central—, algún arroyo donde su ganado mitigue la sed. (46)

En el batey, todos roban: el pesador, el mayordomo y el bodeguero, que debe responder minuciosamente por la mercancía que recibe sin tener la posibilidad de comprobar el peso de los sacos que llegan del almacén. Como los precios son fijos y el almacén le entrega menos de lo que factura, el bodeguero no tiene más remedio que hacerse cómplice del sistema que lo explota. Para sobrevivir, Daniel Comprés debe “desollar” a sus clientes (52), en su mayoría braceros famélicos, quienes reciben sus míseros salarios en “vales” de alimentos que sólo pueden usar en la bodega del batey. En el extremo superior de esta “diabólica forma de exprimir” (52) a la gente está el *manager* estadounidense del central. De ahí que la novela pueda leerse como una crítica al poder hegemónico de Estados Unidos. Pero la idea de que a una empresa extranjera se le permita mantener semejante estado de opresión en el seno de la “Patria Nueva” contradice la supuesta independencia económica alcanzada bajo el gobierno de Trujillo y genera algunas preguntas inquietantes sobre el papel de la autoridad en el sistema del *over*. ¿Dónde están los guardianes del orden mientras ocurren estas cosas? ¿Es posible que el gobierno no sepa lo que sucede en su propio territorio? Y si lo sabe, ¿por qué no hace nada por impedirlo?

El central es la inversión de la utopía trujillista. Lejos de una “nueva vida de prosperidad y mejores posibilidades” para todos, *Over* muestra una realidad marcada por el hambre, la enfermedad y el alcoholismo. A la retórica triunfalista del discurso oficial, construida sobre el mito de la “Era”, se opone aquí una poética del desamparo. El lenguaje desestabilizador de esa poética atraviesa todo el texto y cobra intensidad a medida que la crisis de conciencia de Daniel Comprés se acerca a su clímax. En el central, dice Valerio, uno de los bodegueros amigos de Daniel, “sólo hay muy poco pan para el cuerpo, y ron para el alma” (112). Por su parte, Daniel recuerda haber leído en algún libro que el hombre no podría vivir sin comer más de diez días, y se pregunta: “¿por qué no han muerto todos aquí?” (114). En más de una ocasión ha visto a un bracero caer desmayado ante la puerta de la bodega:

¡Y cuántos más andan por ahí sufriendo lo mismo, lejos de la bodega! Los hay que tiritan de frío durante todos los días de su vida; que van perdiendo el color y

orinan la sangre, presas de la hematuria; que vomitan sus pulmones en los carriles. Caminan llenos de llagas sifilíticas, arrastrando su humanidad envuelta en vendajes asquerosos o sin ellos; y, verdaderos cascarrones de hombres, se vacían en sangre por el ano, presas de la disentería. (115)

La crudeza del lenguaje en pasajes como éste refleja una visión totalmente divorciada del optimismo del que luego se haría eco el propio Marrero en sus crónicas periodísticas, con sus sueños de prosperidad y de riquezas compartidas. Los habitantes del central, eternamente asediados por el hambre y las enfermedades, no esperan justicia. Cuando uno de los personajes, un “inglesito” instruido que había llegado al país tras sobrevivir un naufragio, afirma que, a diferencia de los millones de negros de las islas del Caribe esclavizados por Inglaterra, los dominicanos podían tener esperanza de justicia porque vivían en un país libre, uno de sus compañeros le reclama:

Y cuando llegue la justicia, amiguito (...) ¿dónde estaré yo? ¿Qué será de los miles que perecen de hambre, podridos de enfermedades en estas fincas? ¿Quién salvará a los tuberculosos, a los que orinan sangre, que antes de morir quedan verdes, como hojas? ¿Quién redimirá a los reventados, en una palabra? ¡Yo no creo en la justicia futura! ¡Sólo creo que nos morimos como gusanos en el vientre de estas compañías, ante la indiferencia de todos los poderosos! (111)

Además de negar el valor de la “justicia futura”, las palabras del bodeguero sugieren que la culpa del hambre y la miseria de los trabajadores no recae exclusivamente sobre las compañías azucareras sino sobre “*todos los poderosos*” del país (el énfasis es mío). En la queja hay implícita una acusación de complicidad por parte de las autoridades. La acusación se hace más directa en boca de otro bodeguero, para quien la injusticia tiene además un componente racial. “No tengo esperanzas”, dice Eduardo:

Estos países son tierras de promisión para los blancos, desde que Colón puso el pie aquí. Ayer esclavizaron a los indios, los despojaron de sus tierras y su oro, violentamente, y les dieron muerte cazándolos como perros, porque entonces las cosas se hacían de esa forma. Hoy vienen a despojarnos y a servirse de nosotros, “solicitando” permisos de los gobiernos –respaldados por su gran nación– para hacer inversiones “que favorecerán al país”, pero el fin y los resultados son los mismos. Ya no traen negros del Africa, porque no hay necesidad de ir a buscarlos tan lejos, ni de pagarlos tan caros. Las ideas del Padre las Casas se pueden seguir practicando con haitianos y cocolos alquilados. (111-12)

Este pasaje llama la atención porque en él se condensa la negación de los mitos fundamentales de la ideología trujillista. En primer lugar, la historia del país,

vista en el contexto más amplio de la historia de la región, borra la división entre un antes y un después que sostiene el mito fundacional de la “Era”. La existencia de un sistema de hegemonía racial pone en evidencia el verdadero estado de la cuestión. No hay tal progreso; las cosas son lo que siempre han sido. Por otra parte, al insinuar que todos los gobiernos de la región cuentan con el respaldo de Estados Unidos, y que las empresas azucareras estadounidenses no necesitan permiso para operar en el país, Marrero rechaza el mito del nacionalismo trujillista. El país no conoce ni la independencia económica ni la independencia política: los gobernantes dominicanos son simples empleados al servicio de empresas estadounidenses. Por último, Marrero desconstruye el mito de una posible invasión haitiana, al señalar que los braceros haitianos, al igual que los “cocolos”, son introducidos al país con la anuencia del gobierno dominicano para trabajar como esclavos en los centrales azucareros.

Las acusaciones contra la indiferencia o la complicidad del gobierno se vuelven más explícitas en los capítulos finales de la novela, cuando, al expresar su indignación por el monopolio de las tiendas del central, Daniel se queja con amargura de que no hay a quién acudir, pues “nadie prestaría oídos a una denuncia sobre esa explotación, y estando seguros, como todos están de que cualquier simulacro de investigación nada llegaría a probar, porque el central es todopoderoso” (223). A la crítica contra las autoridades –reforzada por el vocablo “simulacro”– se une la idea, aún más escandalosa, de que en el país exista un poder superior al poder del “Jefe”. Es de notar, sin embargo, la distancia que Marrero pone entre esta idea y la voz del autor, al evadir el uso de la primera persona (“nadie prestaría oídos”; “estando seguros, como todos están”). De hecho, raras veces las denuncias explícitas contra el gobierno aparecen en boca de Daniel, cuya voz podría confundirse fácilmente con la del autor. En lo que podría considerarse una “técnica de ocultamiento” (Mateo, “La narrativa” 10), las posiciones más radicales se atribuyen casi siempre a Eduardo o a otro de los personajes. A diferencia de lo que ocurre con el lenguaje del narrador, en el de Eduardo no hay ambigüedad; lanza las críticas más severas contra la inacción de las autoridades, llegando incluso a insinuar que la única salida es la violencia:

Los gobiernos castigan a los desesperados que matan a los explotadores y cometen actos de terrorismo, pero a quienes deberían castigar es a estos capitalistas sin entrañas. Cegados por su fiebre de atesorar dinero, y empecinados en conceptos de superioridad racial, explotan, oprimen y siembran tal rencor en los hombres, que cuando el día del estallido inevitable llegue, la venganza de las masas lo arrasará todo como un huracán! (224-25)

Si bien es cierto que “el estallido que preconiza el narrador es preventivo” (Mateo, “La narrativa” 20), la referencia a *actos de terrorismo* remite no “a lo que podría haber sido o lo que podría llegar a ser” (20), sino a lo que ha sido. Más aún, el narrador califica el estallido social de *inevitable*, confiriéndole a la violencia el valor de una fuerza natural. Ambas nociones –la violencia existente y la violencia inevitable– contradicen el mito de la paz trujillista. En cuanto a los “conceptos de superioridad racial” que menciona el personaje, la referencia podría aplicarse lo mismo a los administradores estadounidenses del central que a los capitalistas criollos. Pero en un indicio de que la injusticia desborda los límites del central, Eduardo agrega:

Es una lástima que en una tierra donde siempre debió haber paz se haya conocido esta injusticia. Se le está creando un porvenir sombrío a nuestro pueblo, porque nuestros hombres quedarán incapacitados para toda obra de bien, de seguir amargándoseles así; ¡estrangularán en ellos hasta el último buen sentimiento! (225)

Las palabras de Eduardo revelan que existe una relación sinecdótica entre la vida del central y la vida de la nación. Esa relación permite que la novela pueda leerse como una alegoría en la que las injusticias que se cometen en el central son el correlato de las que se cometen en todo el país.

IV.

A pesar de las numerosas alusiones al gobierno, es innegable que en *Over* la mayor parte de la responsabilidad por los sufrimientos de la clase trabajadora recae sobre Estados Unidos y que en ningún momento se nombra directamente a Trujillo. Como ya sugerí antes, sin embargo, creo que en lugar de una absolución la ausencia del dictador adquiere el sentido de una denuncia. En una lectura alegórica, el padre de Daniel, el señor Lope Comprés, interpretaría en el plano de la ficción el papel que en el plano de la realidad histórica le otorgaban los constructores del discurso oficial al generalísimo Trujillo: “Padre de la Patria Nueva”. Según el modelo de Sommer, en la retórica populista el Pueblo es representado como el Esposo e identificado con el líder de la nación, mientras que la Tierra asume el papel de la Esposa, propiedad legítima del pueblo. Esto le daría a toda la población del país la función de una unidad coherente que se rompe cuando la Tierra-Esposa es explotada egoístamente por un Usurpador, interpretado por el Imperialismo, la “oligarquía” o un gobernante local impopular. El destino nacional se convierte así en la expulsión del Usurpador para reestablecer la propiedad legítima del Esposo, a fin de que la (re)producción pueda proceder de acuerdo con el orden natural (Sommer 11).

En el modelo que propongo, el Pueblo no se identifica con el Esposo, sino con el Hijo, lo que cambia radicalmente la dinámica familiar y el sentido de la

alegoría. Esta lectura tiene su fundamento en el arquetipo del “padre” promovido por el sistema de significación mitológica del trujillismo (Rondón 42). Dos años después del ciclón San Zenón, el Congreso aprobó una resolución de emergencia para otorgarle a Trujillo el título de “Benefactor de la Patria”, al que posteriormente se le sumó el de “Padre de la Patria Nueva”. *Over* se apropia de ese arquetipo, que le otorga al padre “la prerrogativa y responsabilidad de conocer y resguardar el orden del universo con miras al bien común” (43), y le da el sentido de una denuncia. En la inversión del arquetipo que subyace en la novela, al “Padre de la Patria Nueva” se le reprocha el haber abandonado a sus hijos.

Aunque sólo aparece fugazmente en el primer capítulo, el señor Lope Comprés cumple una función fundamental en la trama de *Over*, la de provocar el descenso de su hijo al infierno.⁵ Este descenso, que tiene una estructura cíclica, se lleva a cabo en dos fases: la primera de ellas comienza con la expulsión de la casa paterna, sigue con el desempleo, entrada en la realidad distópica del central azucarero y, después de un interludio en el que el protagonista cifra en el matrimonio las esperanzas de una vida mejor, caída en la alienación, crisis de conciencia y estallido nervioso. A ésta le sigue una segunda fase que va desde la expulsión del central, nuevamente el desempleo, renuencia a volver al batey, alienación, falso interludio (esta vez por el amor de una prostituta) y finalmente crisis que se resuelve en la decisión de emigrar del país. En ambas fases de la caída el narrador vincula su desgracia al abandono del padre. Al principio de la novela, Daniel cuenta que en una ocasión al divisarlo de lejos en la calle sintió ganas de gritarle: “¿Qué has hecho? ¿Por qué me dejas así? ¡Debiste darme para el camino! Yo no estuviera en la tierra si no fuera por ti; y ahora me dejas solo, ¡solo!, sin profesión, sin oficio, ¡sin nada!” (17). La segunda referencia al abandono paterno aparece en el último capítulo, cuando después de su expulsión del central la gente del pueblo recrimina a Daniel por estar siempre borracho, y reprimiendo el impulso de golpearlos éste les responde: “¿A quién le importa? Me despidió el padre, me despidió el central, me rechazaron todos, y ahora, ¡vienen a sermonear!”

Extrapolada a la situación del país, el culpable de abandono es el “Padre de la Patria”. Más allá de la función que cumplen en los respectivos relatos en que actúan, la relación entre el padre de Daniel y Trujillo tiene su base en el contenido material de la representación de ambos: uno como personaje de una ficción literaria; el otro como personaje de una ficción historiográfica. Me refiero aquí no sólo a la ficción que construyeron los ideólogos del trujillismo, sino a la que se conserva

⁵ Estoy en desacuerdo con la lectura que Sommer hace de este episodio. En opinión de Sommer: “There need to be nothing allegorical about this expulsion, although the typicality of Daniel’s loss of independence may be read as the general plight of the Dominican Republic being usurped by the United States” (133).

en los retratos del dictador modelados en la tradición oral y que podrían haber informado –acaso inconscientemente– la obra de Marrero.

La descripción de Lope Comprés guarda una asombrosa semejanza con la imagen que ofrecen algunos biógrafos de Trujillo, y que contradice la del estadista moderno que aparece en la oración fúnebre de Logroño. El narrador nos dice que cuando Lope Comprés “llegó a hombrecito” su padre lo echó de casa diciéndole: “Amigo, ya lo he criado. Vaya ahora por ahí a ver cómo vive” (18). El incidente ocurre en un campo, pero el narrador no especifica de qué región:

El muchacho se fue cabizbajo, mochila al hombro, rencoroso, con ganas de incendiar la tierra. Luchó rudamente. Como tenía personalidad, se hizo dueño de una sección rural. Allí fué un verdadero cacique. No había moza que no se le entregara, porque además de buena presencia, buenos caballos y dinero, poseía esos arranques de macho ante los cuales se desmayan las hembras sin condición alguna. (18)

La historia de Lope Comprés continúa con una referencia al gran número de hijos abandonados que tuvo y que eran, como Daniel, “el producto de cualquier cópula salvaje bajo la lujuria de los montes” (18). Compárese este fragmento con el siguiente retrato del joven Trujillo recogido de la tradición oral:

La tradición afirma que Trujillo había tenido discrepancias con su padre, y desde San Cristóbal emigró hacia el Este en busca de aventuras. Fue labriego “echador de días por paga, en Vicentillo; y allí juró soltar la azada y engancharse a la Guardia Nacional Dominicana”; laboró como carretero/boyero del General JUAN MARIA PEGUERO en la hacienda de Los Haitises (SPM)⁶ nombrada “Cabreto”, cuando abrían trochas para el fomento de la caña. Se le atribuyen correrías amorosas, violaciones y estupros”. (Sosa Jiménez 411)

Las historias de Trujillo y Lope Comprés tienen varios elementos en común. En ambos casos hay una relación conflictiva que los lleva a alejarse de la casa paterna. Ambos emigran al Este (aunque no se nos dice dónde se desarrolla la escena familiar del joven Lope Comprés, sabemos que al igual que Trujillo fue a parar a esa región porque es allí donde lo encontramos al inicio de la novela). A diferencia de Daniel, tanto Trujillo como Lope Comprés se sobreponen al abandono paterno a fuerza de carácter y ocupan el lugar que les corresponde en el sistema patriarcal. Finalmente, en ambos retratos hay también un componente sexual que los confirma en su condición de machos y caudillos.⁷ En las biografías oficiales

⁶ Las siglas significan San Pedro de Macorís, provincia del Este.

⁷ Sommer habla del significado del macho como héroe nacional que supera tanto la impotencia política como sexual (12).

de Trujillo, las “violaciones y estupros” son sustituidas por el atractivo sexual que presuntamente suscitaba entre las mujeres. Baste citar la siguiente semblanza que ofrece Abelardo R. Nanita en su biografía de Trujillo:

Bien parecido y apuesto, gallardo sin amaneramiento, no es necesario agregar que su enorme popularidad con el bello sexo se debe a algo más que a la política. A su paso por entre frenéticas multitudes que lo aplauden, muchos suspiros y muchas miradas tiernas de mujeres, van dirigidas tanto al hombre como al prócer. (89)

El paralelismo entre los dos personajes se completa con el carácter cíclico del relato en el que ambos son primero objeto y luego sujeto del abandono paterno. En la ficción, el padre abandona a Lope Comprés, y éste a su vez a su hijo; en la reconstrucción de la historia que permite la lectura alegórica, el padre abandona a Trujillo, y Trujillo –“Padre de la Patria Nueva”– abandona a la nación.

La falta de fe en la utopía trujillista se reafirma en el hecho de que al final de la novela Daniel Comprés rompe el ciclo emigrando a Estados Unidos. La decisión de emigrar constituye otra manifestación del rechazo a la división mitológica de la historia entre un antes y un después de la “Era de Trujillo”. Sugerir que los pobres no tienen más opción que emigrar o alienarse equivale a no creer en “esa maravilla de orden, de paz, de trabajo y de progreso” que, al decir de Logroño, constituye “la Patria Nueva, la Patria de Trujillo”. Equivale también a asumir la visión de que la historia nacional está regida por las leyes de inmutabilidad del fracaso. Según esta manera de ver la historia, el proyecto de construir una nación moderna no se sostiene porque los gobernantes dominicanos fueron y siguen siendo cómplices de un sistema de explotación esclavista.

Over se apropia del arquetipo del padre subyacente en el sistema mitológico del trujillismo y le da un sentido distinto, un sentido que no desaparece por el hecho de que después de la publicación de su novela Marrero, como otros escritores dominicanos de su tiempo, se sumara al coro de intelectuales al servicio de la dictadura. Las implicaciones de la serie de abandonos y caídas que ofrece la novela apuntan a una distorsión del modelo patriarcal que subyace en el *romance* populista; una visión distópica de la historia nacional en la que un caudillo engendra a otro en una sucesión interminable mientras el pueblo –“producto de cualquier cópula salvaje bajo la lujuria de los montes”– vive sumido en la miseria.

V.

Dicho esto, ¿cómo se explica que, meses después de la publicación de su novela, Marrero pase a formar parte del gobierno que critica? ¿Cómo pudo un escritor con una visión tan crítica de la realidad nacional convertirse en un burócrata de la dictadura? Más de un estudioso de su obra ha intentado responder

a estas interrogantes. Mateo recuerda que Marrero formaba parte de un grupo de intelectuales “que se preñó de la literatura socialista que puso a circular en el mundo el triunfo de la Revolución Bolchevique de 1917” (“La narrativa” 11). La atracción hacia el socialismo marcó la obra de este grupo, que terminó por poner su rebeldía al servicio del trujillismo:

En la “Era del Trujillo” se dio el caso de que la crítica social más significativa y provocadora de nuestro país la produjeron estos intelectuales provenientes del viejo escozor socialista de los años veinte, que habían permutado todo el furor antiimperialista por el nacionalismo transfigurado de Trujillo. (11)

La alianza entre el artista y el poder dictatorial, continúa Mateo, acabó por convertir su rebeldía en la manifestación lingüística de una reminiscencia: “Rebeldía gestual, didáctica y preventiva, que por su pasado, únicamente a ellos les fue permitida” (11-12). La tolerancia de Trujillo se explica además por el servicio que un intelectual como Marrero, que tenía buenos contactos con grupos sindicales y periodísticos en el exterior (Vega 248), podía prestarle a su gobierno en momentos de crisis. Según Graciano, Trujillo se sirvió de Marrero para “parecer un líder democrático ante la visión del mundo, sobre todo de Estados Unidos” (58). De modo que, “lejos de confiar en Marrero Aristy, lo que Trujillo hacía era intentar usarlo para sus propios fines” (58).

Por otra parte, hay razones para creer que aún después de convertirse en funcionario del gobierno la preocupación social siguió siendo en Marrero algo más que una “reminiscencia”, y que pudo incluso costarle la vida. Marrero cayó en desgracia en 1957—casi veinte años después de la publicación de *Over*—por escribir un informe para uso interno sobre la explotación de los campesinos cafetaleros por parte de un monopolio exportador controlado indirectamente por Trujillo (Vega 248). “A los 20 meses, sería asesinado por órdenes del dictador, un mes después de las invasiones de Maimón, Constanza y Estero Hondo” (248). Entre los motivos inmediatos que pudo tener Trujillo se cita otro incidente igualmente revelador de la relación conflictiva de Marrero con el gobierno. Apenas días antes de que el cadáver fuera encontrado en una carretera montañosa cerca de Constanza, el periodista Tad Szulc, del diario *The New York Times*, había escrito un reportaje, fechado en Ciudad Trujillo, sobre la aguda crisis política que atravesaba el gobierno dominicano. Citando una fuente no identificada, Szulc atribuyó la crisis a una creciente ola de corrupción administrativa en las altas esferas del poder.⁸ En un despacho posterior

⁸ El artículo del 12 de julio de 1959, y fechado en Ciudad Trujillo, se titula “Corruption Held Peril to Trujillo”, e incluye el siguiente subtítulo: “Dominican Observers See Public Revulsion Sapping Dictator’s Supremacy”.

—esta vez, fechado en Miami—, Szulc reveló que había estado en contacto con Marrero poco antes de su muerte, y dijo que probablemente al escritor se le culpó de ser la fuente del artículo, ya que las opiniones expresadas en él reflejaban “hasta cierto punto” (*up to a point*) las suyas.⁹ Según Szulc, la muerte de Marrero, quien se había reincorporado al gobierno como Ministro de Trabajo ese mismo año, puso fin a una persistente y casi solitaria lucha por cambiar las prácticas dictatoriales del régimen de Trujillo. Yo creo que esa lucha ya había empezado en *Over*.

BIBLIOGRAFÍA

- Balaguer, Joaquín. *Azul en los charcos*. Bogotá: Editorial Selecta, 1941.
- . *La realidad dominicana. Semblanza de un país y de un régimen*. Buenos Aires: Imprenta Ferrari Hermanos, 1947.
- Cambeira, Alán Belén. “La denuncia socio-política en la novela *Over* del escritor dominicano Ramón Marrero Aristy”. *CLA Journal* 45/2 (2001): 243-54.
- Graciano, Berta. *La novela de la caña: Estética e ideología*. Santo Domingo: Alfa & Omega, 1990.
- Incháustegui Cabral, Héctor. “Novela de indagación social: *Over*, de Marrero”. *De literatura dominicana siglo veinte*. Santiago: U Católica Madre y Maestra, 1973. 309-24.
- Logroño, Arturo. “Papeles de Arturo Logroño (discursos, conferencias y artículos publicados)”. Santo Domingo: Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 2004.
- Marrero Aristy, Ramón. *En la ruta de los libertadores. Impresiones de un periodista*. Ciudad Trujillo: La Nación, C. por A., 1943.
- . *Over*. Ciudad Trujillo: Imp. La Opinión, C. por A., 1939.
- Mateo, Andrés L. “La narrativa de Ramón Marrero Aristy”. *Balsié - Over*. Vol. XVII. Santo Domingo: Ediciones de la Fundación Corripio, Inc., 1993.
- . *Mito y cultura en la Era de Trujillo*. Santo Domingo: Editora de Colores, 1993.
- Nanita, Abelardo R. *Trujillo*. Ciudad Trujillo: Impresora Dominicana, 1951.

⁹ Mario Vargas Llosa, en su novela *La fiesta del chivo*, también establece una conexión entre el artículo de Szulc y el asesinato de Marrero: “Ahora, qué agradable era dar curso a la rabia cuando no había en ello riesgo para el Estado, cuando se podía dar su merecido a las ratas, sapos, hienas y serpientes. Las panzas de los tiburones eran testigos de que no se había privado de ese gusto. ¿No estaba, allá en México, el cadáver del pérfido gallego José Almoína? ¿Y el del vasco Jesús de Galíndez, otra sierpe que picaba la mano en que comía? ¿Y el de Ramón Marrero Aristy, quien creyó que, por ser escritor famoso, podía dar informes a *The New York Times* contra el gobierno que le pagaba borracheras, ediciones y putas?” (40).

Rodríguez, Néstor E. "La isla y su envés: representaciones de lo nacional en el ensayo dominicano contemporáneo". *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña* 7 (2003): 95-109.

Rondón, Pura Emeterio. "Trujillo: Ficción histórica y realidad literaria de un mito". *Estudios críticos de la literatura dominicana*. Santo Domingo: Ediciones Librería La Trinitaria, 2005. 41-50.

Sommer, Doris. *One Master for Another: Populism as Patriarchal Rhetoric in Dominican Novels*. Lanham/Nueva York/Londres: U Press of America, 1983.

Sosa Jiménez, Manuel Antonio. *Hato Mayor del Rey, su sitio en la historia dominicana*. Santo Domingo: Grupo Financiero Popular, 1993.

Szulc, Tad. "Liberal Dominican Aide Dies Mysteriously in Car". *The New York Times* (1959): 1-2.

Vargas Llosa, Mario. *La Fiesta del Chivo*. Madrid: Santillana Ediciones Generales, S.L., 2000.

Vega, Bernardo. *Unos desafectos y otros en desgracia. Sufrimientos bajo la dictadura de Trujillo* [1986]. Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 1989.

Veloz Maggiolo, Marcio. "El Trujillo de los primeros años". *Trujillo, Villa Francisca y otros fantasmas*. Santo Domingo: Ediciones La Seiba, 1997. 207-14.